

fuerza; ellos han ganado la batalla. Sin el arrojo temerario de Prim, sin la actitud audaz de Zabala, sin la furia arrebatadora de O'Donnell, ninguna tropa de cuantas sostiene el mundo hubiera intentado empeños tan inauditos, tan imprudentes, tan insensatos á primera vista y tan gloriosos en los resultados como cerrar uno contra veinte, penetrar en un torbellino de balas, meterse entre dos fuegos, luchar á la vez con arma blanca y á tiros y arrostrar una muerte segura en una empresa de que quizás desconfiaban.—Así es que, después de tan portentosa acción, los generales podrán muy bien decir: «Con soldados como estos no hay nada imposible» y los soldados responder: «Con tales generales se va siempre á la victoria.»

(Diario de un testigo de la guerra de Africa).

EFEMÉRIDES.

6 de Enero de 1492 Entrada triunfal de los Reyes Católicos en la ciudad de Granada, último baluarte del poder sarraceno.

23 de Enero de 1893—Muere en Madrid el inspirado y popular poeta D. José Zorrilla del Moral.

7 de Febrero de 1878 -- Muere el Papa Pio IX, llorado por toda la Iglesia Católica.

18 de Mayo de 1861—Se estrena en el teatro del Príncipe de Madrid, *El tanto por ciento*, del inmortal poeta Adelardo López de Ayala.

19 de Julio de 1808—Gloriosa batalla de Bailén.

2 de Agosto de 1880—Muere en Madrid el insigne literato D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

26 de Septiembre de 1580—Nace en Madrid el festivo escritor D. Francisco de Quevedo.

14 de Diciembre de 1591—Muere S. Juan de la Cruz, insigne teólogo y místico.

II.

OBRAS DIDÁCTICAS NO HISTÓRICAS.

D. ALFONSO X.

Partida II, Título VII.

Amor é temor son dos cosas que ha mucho menester, que haya aquel que ha de recibir enseñanza é castigo de otro. E por ende, como quier que el Rey, é la Reyna son tenudos de dar Ayo3 á sus fijos, con to l), esso cosas y ha, que les deuen ellos mostrar, para que gelas aprendan mejor, por el amor é el temor, que han con ellos naturalmente más que con los otros omes; é demas son tales cosas, en que se encierran todas las otras. La primera es que sepan conoscer, amar é temer á Dios; ca esto les deuen mostrar é ensennar, mostrándoles el bien que les verná por

ende en este mundo, é en el otro. E quando los moços dellos lo aprisieron, fíncasseles en la voluntad, é membrarseles ha siempre, é guardarse han de facer ninguna cosa, que contra la Ley sea, ni porque ouiesen á caer en saña de Dios. E otro si les deuen mostrar, como amen é teman á su padre, é á su madre, é á su hermano mayor que son sus señores naturalmente, por razon de linaje. Otro si les deuen araostrar como amen á los otros sus parientes, é sus vassallos é cada vno como conuiene. E deuenlas castigar; que sus palabras sean ciertas é verdaderas, é que non juren mucho á menudo, si non sobre cosas, que en todas guisas hayan á tener. E que non maldigan á si, nin á otro: ca esta es cosa que esta mal á todo ome, é mayormente á los fijos de los Reyes, que semeja, que los que lo fazen precian poco á Dios, é á si mismos. E todas estas cosas les deuen ellos mostrar, é mandar otro si á los Ayos, como en manera de amenaza; que gelas fagan aprender: ca por aquí las sabran mas ayna los moços, é firmarseles han mas en las voluntades; temiendo que faran en ello placer al padre é á la madre, é temiendo de non caer en su saña. E quando el Rey, é la Reina, non los quisieren asi castigar, errarian en ello mucho; primero á Dios, é de si, á si mismos; é aun contra sus fijos, é á todos aquellos, de que ellos, auian á ser Señores.

(Las Siete Partidas.)

DEL REY D. SANCHO IV.

Capítulo 30.

Que fabla que cosa es piedat, é cuantos bienes nascen della.

Mio fijo: la piedat es gracia señalada que Dios pone en el alma del home; ca la piedat que el alma toma de si mesma, conosce á Dios que es su criador é su facedor. El alma que es endurecida é que toma en si crueldat, aquella es desconocida á Dios. Por piedat face el home alimosna por su alma. Por piedat se duele home del mal de su prójimo. Por piedat cria los huérfanos que non han padre nin madre. Por piedat conseja home bien los desconsejados. Por piedat ayuda home é ampara las viudas. Por piedat acorre home á los lazrados. Por piedat saca home de captivo los que yacen en captiverio. Por piedat tiene home la voz de los lazrados. Por piedat facen los homes hospitales para los pobres. Por piedat da home consejo á la mujer virgen enante que faga mal de su hacienda. Por piedat saca home de la carcel á los que son juzgados para muerte. Por piedat parte home lo que ha, é lo da á aquellos que lo non han. Por piedat que el home toma de si deja la vida de los estados deste mundo, é la riqueza é los vicios que ha, é toma otra vida más estrecha é más áspera. Por piedat face home testamento, é endereza hacienda de la su alma, doliéndose é habiendo piedat de ella ante que se parta de su cuerpo. ¿Qué te diré mas? Todas las buenas obras deste mundo é para el otro para el alma é para la carne, todas nascen de piedat.

(Castigos é documentos).

INFANTE D. JUAN MANUEL.

Enxemplo XXXVII.

De la respuesta que dió el conde Ferrant Gonzalez á sus gentes despues que hobo vencido la batalla de Hacinas.

Una vegada venia el conde Lucanor de una hueste muy cansado et muy lazado et pobre; et anteque hobiese á folgar nin descansar, llególe mandado muy apresurado de otro fecho que se movió de nuevo, et las mas de sus gentes consejaronle que folgase algunt tiempo, et despues que faria lo que fuese guisado. Et el conde pregunto á Patronio lo que faria en aquel fecho, et Patronio le dijo: «Señor, para que vos escojades en esto lo mejor, placeme y á que supiesedes la respuesta que dió una vez el conde Ferrant Gonzalez á sus vasallos.» El conde preguntó á Patronio como fuera aquello, et que faria en aquel fecho. Et Patronio dijole:

»El conde Ferrant Gonzalez venció á Almanzor en Hacinas, et murieron y muchos de los suyos et él et todos los demás que fincaron y vivos, fueron muy mal feridos; et ante que viniesen á guarescer, supo que le entraba el rey de Navarra por la tierra, et mandó á los suyos que enderezasen á lidiar con los navarros, et todos los suyos dijéronle que tenian muy cansados los caballos et aun los cuerpos; et aunque por esto non lo dejasen, que lo debian dejar porque el et todos los suyos estaban muy mal feridos, que dejase la lid, et esperase fasta que él et los suyos fuesen gua-

ridos. Et quando el conde vió que todos querian partir de aquel camino, sintióse más de la honra que del cuerpo et dijoles: «Amigos, por las feridas que habemos non dejemos la batalla; ca estas feridas nuevas que agora nos daran, nos faran que olvidemos las que nos dieron en la otra lid.» Et desque los suyos vieron que se non dolia del su cuerpo por defender su tierra et su honra, fueron con él et venció la lid, et fué muy bien andante.

(Libro de Patronio.)

D. ALONSO DE CARTAGENA.

Et pues (ciencia et eloquencia) en mi fallescen del todo, á lo menos querriavos ayudar con espada et manto, como suelen ofrescerse los caualleros de la cauallería armada á sus amigos, á quien quieren valer, porque estas son guarniçiones que todo ome tiene consigo é prestamente puede tomar. Ca ¿quién es el ome que non tiene espada é manto ó non lo puede de priesa tomar á algund peon ó escudero, sy con tan grand esceleridad á su amigo cumple que le faga valencia?. ...¿Et que ál llama remos en lo científico espada é manto, synon aquello que muy ayna sin mucho estudio se puede aver?Et esto es lo que la flaqueza del yngenio luego representa, et lo que la lengua vulgar, que llamamos materna, sin mixtura de eloqüentes palabras, puede exprimir; porque en lugar de ciencia, sirva lo llano con buena é sana yntención explicado, et en lugar de eloqüencia, venga á servir la cotidiana et comun manera de fablar, é sea benignamente aceptada. Por ende, noble et dis-

creto varon, sy en algunas otras qüestioncs vos respondi en lengua latina flaca é rústicamente compuesta, aun agora más llano quiero ser, respondiendovos en nuestro romance, en que fablan así caualleros como omes de pié, et así científicos como los que poco ó nada sabemos. Ca pié á tierra en esta reqüesta con espada et manto vos entiendo servir, mayormente que pues á todos cumple saber lo que vos preguntades, conveniente paresçe que se responda en lengua que se entienda por todos.

(Oracional de Fernan Perez.)

V. P. M. FRAY LUIS DE GRANADA.

Libro 1.º—Capítulo III.

Del oficio de predicar y de su gran dignidad.

1.—Para que con nuestras instrucciones pueda el predicador en su ministerio aprovecharse á si mismo y á los prójimos, parece debido, antes de empezar la obra, prescribirle algunos documentos de no poca utilidad para todos los que intentan dedicarse á este cargo. Entre estos sea el primero y principal, que ante todas cosas considere el predicador y tenga bien conocida la majestad y dignidad de su oficio. Y en primer lugar lo podrá conocer poniendo los ojos en la dignidad de aquellos á quienes Dios encargó este ministerio, que fueron los santísimos profetas y despues sus hijos los apóstoles. Pero es mucho más de admirar que el mismo Señor de los apóstoles y profetas se

haya dignado de venir al mundo y ejercitar por sí mismo este empleo. Porque «habiendo hablado Dios de muchas maneras en otro tiempo á los padres por sus profetas, en estos últimos tiempos nos habló en su hijo, por quien hizo los siglos, constituyéndole su universal heredero.» Y por eso dice de sí el mismo hijo: «Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad.» Y por Isaias dice: «Tus ojos verán á tu maestro, y tus oídos escucharán la voz de quien detrás te avisa: este es el camino, andad por él.» Y por Joel dice también: «Hijos de Sión, alegraos en vuestro Dios y Señor, pues os ha dado al doctor de justicia.» De los cuales lugares y de otros que fuera largo referir, consta con evidencia cuan grande sea la dignidad de este ministerio, pues confesamos haber sido su ministro y príncipe el mismo hijo de Dios, verbo y sabiduría del Padre. A este divino Señor sucedieron después los apóstoles que recibiendo las primicias del Espíritu Santo, fundaron la Iglesia con su doctrina; porque de ellos es aquella voz: «Mensajeros somos de Cristo, y como que os exhorta Dios por nuestro medio.»

2—Y no solamente la dignidad de los ministros, sino también el fin del ministerio, manifiesta claramente su dignidad. Pues el fin es la gloria de Dios y la salvación de las almas, á las cuales después de haberlas sacado el evangélico predicador de la garganta del dragón infernal, va conduciendo á los pastos de la felicidad eterna, y se aplica á perfeccionar la obra de la muerte y sangre preciosa de nuestro Señor Jesucristo. Ni este gran beneficio intenta hacerlo á uno ú otro, sino á cuantos oyeren su voz. Y si, como es justo, medi-

mos por el fin la dignidad de la materia, nada puede imaginarse ni mayor ni más alto que este fin. A lo que se añade lo que comunmente decimos, que un bien es tanto más divino cuanto más se comunica; y el fruto y provecho de los sermones á todos los hombres se estiende sin limitación alguna.

(Histórica eclesiástica.)

D. DIEGO DE SAAVEDRA FAJARDO.

Empresa LXXI

Labor omnia vincit.

Siendo pues tan conveniente el trabajo para la conservación de la república, procure el príncipe que se continúe, y no se impida por demasiado número de los días destinados para los divertimientos públicos, ó por la ligereza piadosa en votarlos las comunidades y ofrecellos al culto, asistiendo el pueblo en ellos más á divertimientos profanos que á los ejercicios religiosos. Si los emplearan los labradores como S. Isidro de Madrid, podríamos esperar que no se perdería el tiempo, y que entre tanto tomarían por ellos el arado los ángeles; pero la experiencia muestra lo contrario. Ningun tributo mayor que una fiesta en que cesan todas las artes, y como dijo S. Crisóstomo, no se alegran los mártires de ser honrados con el dinero que lloran los pobres; y así, parece conveniente disponer de suerte los días feriados y los sacros que ni se falte á la piedad

ni á las artes. Cuidado fué este del concilio maguntino en tiempo del Papa Leon III, y lo será de los que ocupan la silla de S. Pedro, como le tienen de todo considerando si convendrá ó no reducir las festividades á menor número, ó mandar que se celebren algunas en los domingos más próximos á sus dias.

Si bien casi todas las acciones tienen por fin el descanso, no sucede así en las del gobierno, porque no basta á las repúblicas y príncipes haber trabajado, necesaria es la continuación. Una hora de descuido en las fortalezas pierde la vigilancia y cuidado de muchos años. En pocos de ociosidad cayó el imperio romano, sustentado por la fatiga y valor por seis siglos. Ocho costó de trabajos la restauración de España, perdida en ocho meses de inadvertido descuido. Entre el adquirir y el conservar no se ha de interponer el ocio. Hecha la cosecha y coronado de espigas el arado, vuelve otra vez el labrador á romper con él la tierra. No cesan, sinó se renuevan, sus sudores. Si fiara de sus graneros y dejara incultos los campos, presto veria estos vestidos de abrojos, y vacios aquellos; pero hay esta diferencia entre el labrador y el príncipe, que aquel tiene tiempos señalados para el sementero y la cosecha: el príncipe no, porque todos los meses son el gobierno setiembre para sembrar y agostos para coger.

(Idea de un príncipe político-cristiano)

D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

La presencia del rey es la mejor parte de lo que manda.

En los peligros el rey que mira manda con los ojos. Los ojos del príncipe es la más poderosa arma; y en los vasallos asistidos de su señor es diferente el ardimiento. Descuidase el valor con las órdenes y discúlpase el descuido. San Pedro lo mostró en la negación; y Cristo en la borrasca donde enseñó durmiendo.

«Pero teniendo Simon Pedro espada, puso mano, y hirió al criado del pontífice y cortóle la oreja derecha.»

A ojos de su rey y maestro, Pedro fué tan valiente que sacó la espada para toda una cohorte armada, y de noche, y en la campaña, y hirió á un criado del pontífice: acción, si justa, bizarra y casi temeraria. Pero dos renglones más abajo padecieron notable mutación sus alientos y osadía; y se leé con el mismo nombre otro corazón. «Y dijole á Pedro una mozuela que estaba á la puerta: Tú eres uno de los discípulos deste hombre. Respondió: No soy; y negó tres veces.» Desquitóse la cohorte; vengado se há el criado del pontífice por mano de la criada. Él quitó una oreja, y á él le han quitado las dos, de suerte que apenas oye la voz de Cristo que le dijo este suceso. ¿Brios contra una cohorte; valor para herir uno entre tantos, y luego acobardarse de manera que una muchacha le quite la espada con una pregunta, y le desarme y haga sacar pies? A fé que hizo tantas bravatas á Cristo: «Si conviniera morir contigo no

te negaré!» Débese considerar que aunque era Pedro el propio de hazañoso y con arrojamiento temerario embistió por su rey todo aquel escuadrón, aquí le faltó lo principal que fueron los ojos de Cristo: espada tenía, pero sin filos; corazón tenía, pero no le miraba su maestro.

Rey que pelea y trabaja delante de los suyos, obligalos á ser valientes: el que los ve pelear los multiplica, y de uno hace dos.

Quien los manda pelear y no los ve, ese los disculpa de lo que dejaren de hacer; fia toda su honra á la fortuna: no se puede quejar sino de sí solo. Diferentes ejércitos son los que pagan los príncipes que los que acompañan. Los unos traen grandes gastos, los otros grandes victorias. Los unos sustenta el enemigo, los otros el rey perezoso y entretenido en el ócio de la vanidad acomodada. Una cosa es en los soldados obedecer órdenes, otra seguir el ejemplo. Los unos tienen por paga el sueldo, los otros la gloria. No puede un rey militar en todas partes personalmente; mas puede y debe enviar generales que manden con las obras, y no con la pluma. ¿Quién presumirá de más esforzado que San Pedro, que en presencia de Cristo se portó tan como valiente y en volviendo el rostro fué menester, para el acometimiento de una mujercilla, que el gallo le acordase de la espada, del huerto y de la promesa?

(Política de Dios. Gobierno de Christo)

F. BENITO GERÓNIMO FEIJÓO.

Paradoja duodécima.

Es vano y fútil el cuidado de la fama póstuma.

Ningun apetito más irracional cabe en el hombre, que aquel que dirige á objeto del cual nunca puede gozar. Tal es el deseo de que su nombre sea glorioso en el mundo después de su muerte. Muerto el hombre, muere para él todo lo que queda por acá. ¿Qué importará que todo el orbe se deshaga en aclamaciones de sus prendas? El humo de ese incienso todo se lo lleva el aire, sin que á él le toque parte alguna. Tanto sentirá los aplausos de su virtud, como una estatua el que alaben su perfección, ó un edificio el que celebren su grandeza. Si sus obras fueron agradables á Dios, y está en la región del descanso, se complacerá de haber dejado al mundo buen ejemplo. Todo lo que saliere de esta esfera, por más que lo celebre el mundo de nada le servirá. O despreciará ó ignorará los elogios que le tributan los mortales. ¿Qué comodidad ó qué placer lograrán hoy Alejandro y César de ser aplaudidos en el orbe por los dos más ilustres guerreros? ¿Homero y Virgilio de ser celebrados por los dos más insignes poetas? ¿Demóstenes y Ciceron de ser admirados por los dos más elocuentes oradores? Acaso ignoran enteramente lo que por acá se dice de ellos, y si lo saben, sin duda lo saben para mayor tormento suyo. Ciertamente fué un gran loco Empedocles si, como refieren algunos, se precipitó en las llamas del

Etna, para que no hallando los hombres su cadáver, creyesen habia subido al cielo, y le adorasen como deidad. Mas al fin aquel filósofo, como seguía el dogma pitagórico de la trasmigración de las almas. creía que la suya, colocada sucesivamente en otros cuerpos, vería con gran placer suyo los esperados cultos; pero quien sabe que cuando muere sale de esta región para no volver más á ella ¿qué se le da que los hombres le adoren ó le olviden?

(Teatro crítico.)

D. JAIME BALMES.

Capítulo XX.

Leed la historia, desparramad vuestras miradas por todo el orbe, y donde quiera que no reina el cristianismo, si no prevalece la vida bárbara ó la salvaje, hallareis por lo ménos una civilización que en nada se parece á la nuestra, que ni aun remotamente puede comparársele. Vereis algunas de esas civilizaciones con cierta regularidad, con señales de firmeza, pues que duran al través de largos siglos, pero ¿cómo duran? sin caminar, sin moverse, porque carecen de vida, porque su regularidad y duración son las de una estatua de mármol, que inmóvil ve pasar ante sí numerosas generaciones. Pueblos hubo tambien con una civilización que rebosaba de actividad y movimiento, pero ¿qué actividad? ¿qué movimiento? unos dominados por el espíritu mercantil, no aciertan á fundar sobre sólida base su felicidad interior, solo saben abordar á nuevas playas que ofrezcan cebo

á su codicia, desembarazándose del excedente de la población por medio de las colonias, y estableciendo en el nuevo país crecido número de factorías; otros disputando y combatiendo eternamente por la mayor ó menor latitud de la libertad política, olvidan su organización social, no cuidan de su libertad civil, y revolviéndose turbulentos en estrechísimo círculo de espacio y de tiempo no serian dignos siquiera de que la posteridad conservara sus nombres, si no brillara entre ellos con indecible encanto el genio de lo bello, si en los monumentos de su saber no reflejaran como en un claro espejo, algunos hermosos rayos de la ciencia tradicional del oriente; otros, grandiosos y terribles á la verdad, pero trabajados sin cesar por las disensiones intestinas, llevan esculpido en su frente el formidable destino de la conquista, le cumplen avasallando el mundo, y caminan desde luego á su ruina por un rapidísimo declive, en que nada les puede contener; otros por fin exaltados por un violento fanatismo, se levantan como las olas azotadas por el huracán, se arrojan sobre los demás pueblos como inundación devastadora, y amenazan arrastrar en su fragosa corriente á la misma civilización cristiana; pero es en vano su esfuerzo, se estrellan sus oleadas contra una resistencia invencible; redoblan sus acometidas, pero siempre forzadas á retroceder, y á tenderse de nuevo sobre su lecho con un sordo bramido. Y ahora vedlos allá al Oriente, cual parecen un turbio charco que los ardores del sol acaban de secar, vedlos allá á los hijos y sucesores de Mahoma y de Omar, vedlos allá de rodillas á las plantas del poderío europeo, mendigando una protección que por ciertas

»

miras se les dispensa, pero con desdeñoso desprecio.

Este es el cuadro que nos ofrecen todas las civilizaciones antiguas y modernas, excepto la europea, es decir, la cristiana. Solo ella abarca á la vez todo lo grande y lo bello que se encuentra en las demás; solo ella atraviesa las más profundas revoluciones sin perecer; solo ella se extiende á todas las razas, se acomoda á todos los climas, se aviene con las más variadas formas políticas; solo ella se enlaza amigablemente con todo linaje de instituciones, mientras pueda circular por su corazón cual fecundante sávia, produciendo gratos y saludables frutos para bien de la humanidad.

(El Protestantismo.)

III.

FORMAS ESPECIALES DE LAS OBRAS DIDÁCTICAS.

I.

Diálogos.

FERNAN PEREZ DE OLIVA.

Antonio.—Pues tú nos muestras la manera que debemos tener en esta disputa

Dinarco.—Porque no se confundan vuestras razones, me parece que cada uno diga por sí su parecer entero. Tú, Aurelio, dirás primero, y después te responderá Antonio; y así guardareis la forma de los antiguos oradores, en cuyas contiendas el acusador era el primero que decía, y después el defensor.

Aurelio.—Pues vosotros os sentad en estos cés-

pedes; y yo, en este tronco sentado, os diré lo que me parece.

Din —Sentaos todos. de manera que podais tener reposo.

Aur.—Suelen quejarse los hombres de la flaqueza de su entendimiento, por lo cual no pueden comprender las cosas como son en la verdad. Pero quien bien consideráre los daños de la vida y los males por do el hombre pasa del nacimiento á la muerte, parecerle ha que el mayor bien que tenemos es la ignorancia de las cosas humanas, con la cual vivimos los pocos días que duramos. como quien en sueño pasa el tiempo de su dolor. Que si tal conoscimiento de nuestras cosas tuviésemos, como ellas son malas, con mayor voluntad deseáramos la muerte que amamos la vida. Por esto quisiera yo doblaros, si pudiera, el descuido, y meteros en tal ceguedad y tal olvido, que no viérades la miseria de nuestra humanidad ni sintiérades la fortuna, su atormentadora. Pero, pues por vuestra voluntad, que grande mostrais, de saber lo que del hombre siento, soy yo casi compelido á haceros esta habla; si por ventura mis palabras fueren causa que recibais dolor cual ántes no habiades sentido vosotros teneis la culpa que mandais aquesto á quien no puede dejar de obederos.

(Diálogo de la dignidad del hombre.)

FRAY LUIS DE LEÓN.

Libro 2.º §. III.

Explícase qué cosa es paz, cómo Cristo es su autor,
y por tanto llamado Príncipe de paz.

Y habiendo dicho aquesto Marcelo, calló Y Juliano incontinente viéndole callar, dijo:

«Es sin duda, Marcelo, príncipe de paz Jesucristo por la razón que decis; mas no mudando eso, que es firme, sino añadiendo sobre ello, pareceme á mí que le podemos también llamar así porque con solo él se puede tener aquesto que es paz.» Aquí Sabino, vuelto á Juliano, y como maravillado de lo que decía, «No entiendo bien, dice, Juliano, lo que decis, y traslúceseme que decis gran verdad; y así, si no recibis pesadumbre, me holgaria que os declarasedes mas.» «Ninguna, respondió Juliano; mas decidme, pues así os place Sabino, ¿entendeis que todos los que nacen y viven en esta vida son dichosos en ella y de buena suerte, ó que unos lo son y otros no?» «Cierto es; dijo Sabino, que no lo son todos.» «Y sónlo algunos?» añadió Juliano. Respondió Sabino: «Sí son.» Y luego Juliano dijo: «Decidme pues, ¿el serlo así es cosa con que se nace ó caso de suerte, ó viéneles por su obra é industria?» «No es nacimiento ni suerte, dijo Sabino, sino cosa que tiene principio en la voluntad de cada uno y en su buena elección.» Verdad es, dijo Juliano; y habeis dicho tambien que hay algunos que no vienen á ser dichosos ni de buena suerte.» «Sí he dicho» respon-

dió. «Pues decidme, dijo Juliano, esos que no lo son ¿no lo quieren ser ó no lo procuran ser?» Dijo Sabino: «Lo procuran y apétecen con ardor grandísimo» «Pues, replicó Juliano, escóndeseles por ventura la buena dicha, ó no es una misma?» «Una misma es, dijo Sabino, y á nadie se esconde, antes, cuanto es de su parte, ella se les ofrece á todos y se les entra en su casa; mas no la conocen todos, y así, algunos no la reciben.» «Por manera que decís, Sabino, dijo Juliano, que los que no vienen á ser dichosos no conocen la buena dicha, y por esta causa la desechan de sí.» «Ansi es,» respondió Sabino.

«Pues decidme, dijo Juliano, ¿puede ser apetecido aquello de quien el que lo ha de amar no tiene noticia?» «Cierto es, dijo Sabino, que no puede.» «Y ¿decís que los que no alcanzan la buena dicha no la conocen?» dijo Juliano. Respondió Sabino que era así. «Y también habeis dicho, añadió Juliano, que esos mismos que no lo son apétecen y aman el ser bienaventurados.» Concedió Sabino que lo había dicho. «Luego, dijo Juliano, apétecen lo que no saben ni conocen; y así, se concluye una de dos cosas, ó que lo no conocido puede ser amado, ó que los de mala suerte no aman la buena suerte; que cada una dellas contradice á lo que Sabino, habeis dicho. Ved ahora si quereis mudar alguna dellas.» Reparó entonces Sabino un poco, y dijo luego: «Parece que de fuerza se habrá de mudar.» Mas Juliano, tornando á tomar la mano, dijo así: «Y él conmigo, Sabino; que podría ser que por esta manera llegásemos á tocar la verdad. Decidme: la buena dicha ¿es ella alguna cosa que vive ó que tiene ser en si misma, ó qué manera de cosa es?» «No entiendo bien Ju-

liano, respondió Sabino, lo que me preguntais » «Ahora, dijo Juliano, lo entenderéis: el avariento, decidme, ¿ama algo?» «Sí ama, dijo Sabino.» «¿Qué?» dijo Juliano. «El oro sin duda, dijo Sabino, y las riquezas.» Y el que las gasta, añadió Juliano, en fiestas y banquetes, ¿en aquello que hace busca y apetece algún bien?» «No hay duda deso,» dijo Sabino. «Y ¿qué bien apetece?» preguntó Juliano. «Apetece, respondió Sabino, á mi parecer su gusto propio y su contento» «Bien decís Sabino, dijo Juliano luego.

(De los nombres de Cristo.)

D. JOSÉ COLL Y VEHÍ.

—¡Lindo bromazo el de ayer!

—Para el diablo que te crea. Si el cielo lo estaba diciendo á voz en grito.

—Confieso que no puedo roerle los zancajos al Zaragozano.

—Con tanta tempestad de truenos y relámpagos, en prosa y en verso, se amoscaría el Tonante, y diría para su capote: «Allá va otro ejemplo.»

—El agua pase; pero las peladillas.....

—Y no podemos quejarnos. ¡Cuántos y cuántos lo pasarían peor!

—Gran filosofía esa de «paciencia y barajar», cuya sublimidad está compendiada en aquel otro dicho «no es nada lo del ojo.» ¡Qué demonio! Yo no puedo con tanta gazmoñería: si me arañan, respingo ó arreo un puñetazo.

—Eres muy lógico; pero dejémoslo para otro día.

—Tanto vamos dejando, que será el cuento de no acabar.

—Por ahora no quiero salir de la armonía, y no es cosa de que de buenas á primeras la rompamos.

Dijimos que, además de los sonidos, el lenguaje podía imitar el movimiento; y que éste podía ser rápido ó lento, compasado ó irregular, fácil ó dificultoso, sencillo ó intrincado, gracioso ó torpe, agradable ó desagradable, en una palabra hermoso ó feo.

Pues bien, el ritmo del lenguaje ha de guardar perfecta consonancia con el movimiento de que se habla ó se describe. Es claro que si describes cuerpos que se muevan con gran rapidez, no te expresarás con sorna, eligiendo vocablos de pié y medio, y frases y cláusulas de á vara; por el contrario si describes el reposo de un cuerpo ó la lentitud con que se mueve, no lo dirás de prisa y corriendo, sin apenas dar tiempo á que se fije la atención en ninguna idea. Si el movimiento es regular y acompasado, la misma regularidad y proporcionada medida de tiempo tendrá que reflejarse en la estructura del lenguaje, y si por el contrario fuese desordenado y atropellado, cierto aparente desorden y descuido en la distribución de las cláusulas, incisos, vocablos y acentos debería guardar conformidad con la irregularidad ó desórden del movimiento.

—¿Y por qué dices que el desorden del lenguaje ha de ser *aparente*?

—Porque en las obras artísticas el desorden mismo debe estar sujeto á un ritmo, á un orden, á un fin. En el mundo, es decir, en la obra de Dios, arquetipo de toda buena obra artística, sucede lo propio: lo que llamamos desorden es orden sapientísimo y ley inquebrantable. La vida

del hombre y la historia del humano linaje, así como el astro y el átomo, están sujetas á un ritmo. El hombre puede desafinar ó perder el compás, es cierto; pero las discordancias que produce no alteran, ni disminuyen la inefable armonía de la obra del Altísimo. Lo que sucede es que de los innumerables hilos de la trama, miopes como somos, vemos pocos, poquitos, y por esta razón estamos casi á oscuras.

—Oye; si puedes dar á la conferencia de hoy un giro parecido á la de ayer (salvo lo de la granizada y consiguiente galop final, por supuesto), te lo agradeceré en el alma. Digo que si puedes pasarte de todas esas frailosofías y darme con el ejemplo en los hocicos, te ahorrarás muchos quebrantos de cabeza y yo sacaré más fruto.

—A eso voy. El movimiento como el sonido, puede imitarse de una manera muy directa y trivial, ó de una manera general y vaga. Puede imitarse frase por frase y verso por verso, pero además de esta imitación particular, que no es tan difícil, cabe una relación íntima entre el ritmo de toda una estrofa, ó cláusula, ó de todo un pasaje, con el movimiento que en ellos se describe, v. g. el curso de un río, una tempestad, una batalla.

(Diálogos literarios.)

II.

CARTAS.

D. ALFONSO X.

Primo D. Alonso Perez de Guzman: la mi cuita

es tan grande, que como cayó de alto lugar se verá de lueño, é como cayó en mi, que era amigo de todo el mundo, en todo el sabrán la mi desdicha é afincamiento, que el mio fijo á sin razón me face tener con ayuda de los mios amigos y de los mios perlados, los cuales en lugar de meter paz, non á escuso, nin á encubiertas, sino claro metieron asaz mal. Non fallo en la mia tierra abrigo; nin fallo amparador nin valedor, non me lo mereciendo ellos, sino todo bién que yo les fice. Y pues que en la mia tierra me falleçe quien me avia de servir é ayudar, forzoso me es que en la agena busque quien se duela de mi: pues los de Castilla me fallecieron, nadie me terná en mal que yo busque á los de Benamarin. Si los mios fijos son mis enemigos, non será ende mal que yo tome á los mios enemigos por fijos: enemigos en la ley, más non por ende en la voluntad, que es el buen rey Aben Yuzaf que yo lo amo é precio mucho, porque el non me despreciará nin fallecerá, ca es mi atreguado é mi apazguado. Yo sé cuánto sodes suyo, y cuánto vos ama, con cuánta razón, é cuánto por vuestro consejo fará; non miredes á cosas pasadas, si non á presentes. Cata quien sodes é del linaje donde venides, é que en algun tiempo vos faré bien é si lo non vos ficiere, vuestro bien facer vos lo galardonará. Por tanto, el mio primo Alonso Perez de Guzman, faced á tanto con el vuestro señor y amigo mio, que sobre la mia corona más averada que yo he, y piedras ricas que ende són, me preste lo que él por bien tuviere, é si la suya ayuda pudiéredes allegar, non me la estorbedes: como yo cuido que non faredes; ántes tengo que toda la buena amistanza que del vuestro señor á mi viniere, será por vues-

tra mano, y la de Dios sea con vusco. Fecha en la mia sola é leal cibdad de Sevilla, á los treinta años de mi reinado y el primero de mis cuitas. El Rey.

DEL BACHILLER FERNÁN GÓMEZ DE CIBDAREAL.

Al manífico é R. Sr. D. Juán de Cerezuela, obispo de Osma.

El Condestable hermano de Vm. é que mucho le ama, de que soy testigo ocular, ganó ayer á Trojillo é al castillo, como los antiguos romanos ganaban en el circo las honras á fuerza de buenos luchadores; ca bregando brazo por brazo con el alcaide Quincoces, que es un bachiller como un alcornoque de esta tierra, le fiz su prisionero. De la cumplida narración que mando al Rey será Vm. abastanza informado; porque el Condestable sabe mejor revolver la lanza que meter mano á la pena, é me regala que de las cartas de Vm. sea yo el escribano. Monje rogará á Vm. mi libranza por lo devengado de San Bartolome acá de mi soldada: á Vm. ruego afincadamente por eso. Nuestro Señor, etc.

AL MUY SUBLIMADO É MUY PODEROSO REY

D. JUAN, NUESTRO SEÑOR.

Muy poderoso Señor: A vuestra Señoría me humillo dándole parte de que fui mandado por el Condestable á Alburquerque á medicar al infante

D. Pedro, vuestro primo. El estaba repleto de internas congojas, é corruta la sangre de los caminos é cabalgadas continas, é con dos fiebres, meagnante é creciente; é yo non resté contento de ser venido, ca podría ser que del mal finase, é cargasen la su muerte al físico é al honor del Condestable que me mandó. E luego que llegué le fiz aparejar para sacarle sangre, é asaz en dos vegadas le saqué buenas cinco tazas, é le fiz tomar dos brebajes frigerativos, uno en pos de cada sangria: é tanto le ha calado la fiebre, que no se siente. Fablan ambos infantes con mucho honor de vuestra Señoría; culpan su mala ventura; é como es uso de corte, culpan á malos yentes é videntes que atizan el fogar: é suyo lo vero atino, gozques son que mientras se comen el hueso, los canes grandes se amagan con las presas descubiertas. Estos gozques son los que á vuestra Señoría é á los Infantes aguzan. Yo les he hablado como testigo ocular de la buena voluntad que vos les tenedes, é que mas que á otros les honrariades é mantendriades, se ellos no fugiesen de vuestra obediencia é acatamiento. No tengo que decir á vuestra Señoría mas de que me torno mañana al Condestable que me ha mandado avisar, que presto faré acatamiento á vuestra Señoría, que diz que viene á Montanches, porque Aguilar, que lo tiene por el Infante, á vos en persona solo lo quiere entregar. El es un camafeo que le puede venir á poner vuestra Señoría en su gorra. E nuestro Señor etc.

(Gentón epistolario.)

DEL VENERABLE MAESTRO JUÁN DE AVILA.

A un amigo sacerdote, sobre la paciencia.

Charissime: Cuando considero la poca de salud de V. R., con otras circunstancias, que todo junto le es penosa cruz, no me maravillo que se queje de mí por no ayudarle á la llevar con escribirle algunas veces. Y por otra parte, como veo tanta imposibilidad en mí para hacer esto, por mis indisposiciones, que cada dia crecen; mas dame gran pena oír quejas, pues de ninguna cosa sirven sinó de penarme. Suplico á V. R., tenga entendido ser esto así, y procuremos ambos de ir con nuestras cruces al Señor, que llevó la suya, pidiéndole que nos dé su gracia para llevar con contentamiento lo que él de su mano nos envía.

Y cierto, Padre mio, yo tengo temor que el amor de nuestra sensualidad, del cual tenemos mucho, y lo poco que tenemos del verdadero amor de Jesucristo crucificado, nos hace estimar en mucho nuestros trabajos, y quejarnos de la falta del consuelo; porque si de verdad nos hubiésemos aborrecido, como el Señor manda, por amor de él, holgarnos íamos de que tomase satisfecho en nosotros castigándonos las ofensas que contra él hemos cometido; y tambien tendríamos por merced señalada comer á una mesa con él aunque sea hiel y vinagre; porque su compañía es tan gran bien y tan para desear, que aunque sea en tormentos, se debe preciar en mucho; que por este camino se gana su compañía en el reino de los cielos, donde dará el Señor parte del panal de

miel que él come, á los que aquí la dió, y á los que con él bebieron hiel y vinagre.

Esfuércese V. R. en la gracia del Señor, y haga buen rostro á la Cruz, y no espere en lo que ya queda de la vida sino un trabajo sobre otro; los cuales, cuanto más crecidos fueren, tanto más los tome por prenda de su salvación y por señales de que el descanso está cerca; que ya sabe que al fin de los caminos está una cuesta para subir á la ciudad; la cual, aunque por una parte cansa mucho, por venir sobre cansancio; mas por otra dá gran consuelo, por ser trabajo que dá fin á los trabajos, entrando el hombre en la ciudad deseada; y este postrer trabajo que á la vejez suele venir, es el buen vino de la cruz, el cual el Señor guarda para dar á sus amigos á la postre, como cuando convirtió el agua en vino; bébalo V. R. con alegría, porque de él se entiende: *Inebriamini charissimi*; y por medio de él espere ser uno de aquellos de los cuales está escrito: *Inebriantur ab ubertate domus tuæ et torrente voluptatis tuæ potabis eos*; y no piense que tardará mucho este día, pues nuestro barro es tan flaco y tantos golpes le dan, que cuando no pensemos será quebrado, y diremos: *Laqueus constrictus est, et nos liberati sumus*.

(Epistolario espiritual.)

DE SANTA TERESA DE JESÚS.

Para una señora parienta de la Santa.—Desde Sevilla 24 de
Octubre de 1575.
Sobre la llegada de sus hermanos á dicha ciudad.

Jesús.

La gracia del Espíritu Santo sea con vuestra